

HISTORIA Y SOCIEDAD

Revista Historia y Sociedad

ISSN: 0121-8417

revhisys_med@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia
Colombia

Los viajes de J. G. Eberhard por la Amazonia colombiana
Revista Historia y Sociedad, núm. 31, julio-diciembre, 2016, pp. 343-377
Universidad Nacional de Colombia
Medellín, Colombia

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=380370292012>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Los viajes de J. G. Eberhard por la Amazonia colombiana

Presentación

Bajo los títulos de *Estuve en la selva desconocida* y *Por las selvas del sur* reposan en el Archivo General de la Nación tres textos de un viaje por la región del Vaupés, y dos textos de otro viaje por la región del Caquetá escritos por J. G. Eberhard. Este explorador no aparece en las bibliografías sobre viajeros o expediciones por la Amazonia,¹ y su viaje por el Vaupés es el primero que se realizó recorriendo el entorno del río Pirá Paraná un afluente del río Apaporis. El valor de este documento se basa entonces en que detalla las primeras informaciones certeras sobre los pueblos indígenas y las costumbres de esta zona de la Amazonia colombiana. Los textos anteceden a los relatos de otros expedicionarios como Brian Moser y Donald Tayler, quienes siguieron parcialmente la misma ruta de Eberhard, entre diciembre y marzo de 1961, para regresar entre septiembre y octubre del mismo año con el fin de filmar la película Pira Paraná.²

Hacia el río Pira Paraná fue adelantada una segunda expedición por el sacerdote Manuel María Elorza Vanegas. Nacido en Titiribí (Antioquia) en 1921, Elorza hizo parte del primer grupo de religiosos enviados por monseñor Builes a la prefectura apostólica de Mitú, y actualmente continúa trabajando en Puerto Inírida. Tras dejar el cargo de director del internado María Reina en Mitú, el cura fue nombrado director del equipo del Pira Paraná, a donde viajó en 1959 en compañía de dos jóvenes indí-

1. Camilo Domínguez, *Bibliografía de la Amazonia colombiana y áreas fronterizas amazónicas* (Bogotá: Dainco, Corporación Araracuara, Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas, 1985); Beatriz Alzate, *Viajeros y cronistas en la Amazonia colombiana: catálogo colectivo* (Bogotá: Corporación Araracuara, 1987); Alberto Gómez, *Al cabo de las velas. Expediciones científicas en Colombia siglos XVIII, XIX y XX* (Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998).

2. Brian Moser y Donald Tayler, "Tribes of the Piraparaná", *The Geographical Journal* Vol: 129 (1963): 437-449; Gabriel Cabrera, "Una aproximación histórica a la filmografía sobre los pueblos makú" en *Viviendo en el bosque. Un siglo de investigaciones sobre los makú del noroeste amazónico*, ed. Gabriel Cabrera (Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2010), 98-106.

genas, José María Betancur, del Pirá, y Marcos Miranda, de Villa Fátima. En este río llegó a la maloca de Ismael Carapana, lugar en el que celebró la primera misa.³ Elorza recuerda que unos años antes de establecer un puesto definitivo en el río Pira Paraná, en 1968, realizó un viaje con el propósito de recorrer el curso completo de este río en compañía del padre Hernando Pulgarín, el indígena Horacio Suárez, originario de Montfort –como motorista y cocinero–, Antonio Gentilli de Pari-Cachoeira (Brasil) –como catequista e intérprete– y Manuel Barreto, un tatuyo ya converso, del río Pirá Paraná.

En ese entonces llevaban "dos motores, una grabadora con rollos de catecismo en la lengua tucana y otros varios con música indígena; un proyector de baterías con rollos de filminas catequísticas y una escopeta para poder buscar la provisión de carne"⁴. En realidad, la región amazónica cuenta con un sinnúmero de saltos o rápidos de agua entre los que se destacan el Yuruparí en el río Vaupés, Jirijirimo y La Libertad en el río Apaporis y Cupatí (actual chorro de Córdoba) y Araracuara en el río Caquetá, todos estos, obstáculos naturales, que fueron una contención frente a las tempranas expediciones esclavistas de portugueses para la captura de indígenas en el siglo XVIII.⁵

Algunas zonas como la del río Pira Paraná fueron penetradas de manera tardía, si se le compara con otras áreas del Vaupés. En siglo XX las fricciones con los caucheros llevaron al repliegue de los indígenas, quienes retrasaron cualquier ingreso de los blancos al río Pira Paraná donde "con frecuencia fueron muertos por los habitantes"⁶. En estas regiones remotas los procesos de evangelización tuvieron entonces un desarrollo particular y tardío, razón por la cual hoy ese río se considera como uno de los territorios más tradicionales en lo que respecta a la preservación de las tradiciones y prácticas rituales de los indígenas.

De acuerdo con la antropóloga María Eugenia Romero, desde los años cincuenta del siglo XX los Llanos Orientales figuraron en los mapas de los servicios geológicos americanos como lugares potencialmente productores de petróleo, aunque no se conocen los resultados de dichas exploraciones pues "las petroleras habían

3. Gabriel Cabrera, *Los poderes en la frontera. Misiones católicas y protestantes, y Estados en el Vaupés colombo-brasileño, 1923-1989* (Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2015), 239-240.

4. Gabriel Cabrera. *Los poderes en la frontera*, 240.

5. Roberto Franco, *Los Carijonas de Chiribiquete* (Bogotá: Fundación Puerto Rastrojo, 2002), 73.

6. Brian Moser y Donald Tayler, "Tribes of the Piraparaná", 442.

explorado y tapado los pozos"⁷. Es justo bajo este contexto y según palabras de Eberhard, que él llegó a Colombia contratado por una firma petrolera para que apoyara a sus comisiones técnicas y científicas con los equipos y las provisiones necesarias en la exploración de este recurso en la Orinoquia colombiana, labor que desempeñó durante cerca de cinco años.⁸ Sobre su presencia en esta región existen dos cortos textos publicados que ofrecen escuetas informaciones. El primero refiere un recorrido que tomó varias semanas y se adelantó desde la localidad de Cravo Norte sobre el río del mismo nombre, y que siguió luego el curso del río Meta hasta la localidad de Puerto Carreño en la desembocadura del Meta en el río Orinoco. En esta zona conoció los indígenas Guahibo y su costumbre de inhalar yopo.⁹

Otro artículo recoge notas breves sobre su exploración en la zona de los ríos Tomo y Tuparro entre el 26 de enero y el 26 de febrero de 1964, en la que en compañía de algunos indígenas Guahibos —que fueron sus guías— hizo contacto e intercambió mercancías con diversos grupos nómadas de indígenas Cuivas de la región.¹⁰ El desarrollo de la explotación petrolera trajo a Colombia otros investigadores, basta recordar al geólogo berlinés Jürgen Haffer que vino para trabajar en una compañía internacional petrolera. Sus tareas le permitieron familiarizarse con la fauna tropical, y en especial con las aves, lo cual le llevó a formular su teoría de los refugios como explicación a la distribución de las especies en la región tropical americana.¹¹

Los viajes de Eberhard —que no se limitaron a la Orinoquia y su tránsito por la Amazonia— son un hecho ignorado en la literatura de la región. Su exploración tuvo como propósito "hacer contactos con las tribus de la selva, los indios, y la búsqueda de plantas raras y medicinales"¹². Aunque en el documento no se indica una fecha

7. María Eugenia Romero, "Viajeros y cronistas por el Orinoco y el Meta" (Villavicencio: Banco de la República, 1991), 6.

8. (1959), en Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá-Colombia, República, *Ministerio del Interior*, Caja 190, carpeta 1609, ff. 156.

9. J. G. Eberhard, "Indios del Vichada", *Cromos* Vol: 71 n.º 1768 (1951): 10 y 46.

10. J. G. Eberhard, "La riqueza inexplotada. Las sabanas de los ríos Tomo y Tuparro", *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia* Vol: XXII n.º 83-84 (1964): 1-7.

11. Jürgen Haffer y G. T. Prance, "Impulsos climáticos da evolução na Amazônia durante o Cenozóico: sobre a teoria dos Refúgios da diferenciação biótica", *Estudos Avançados* Vol: 16 n.º 46 (2002): 175-206; y Jürgen Haffer, "Ciclos de tempo e indicadores de tempos na história da Amazônia", *Estudos Avançados* Vol: 6 n.º 15 (1992): 7-39.

12. (1959), en Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá-Colombia, República, *Ministerio del Interior*, Caja 190, carpeta 1609, ff. 156.

cierta de la realización de sus viajes a la Amazonia colombiana, un primer indicio de su ubicación temporal lo ofrece el catálogo del Archivo General de la Nación que tiene fechado el documento con el año 1959. Un segundo indicador lo constituye la fecha de publicación del artículo en la revista *Cromos* que data de 1951. Si se atiende la mención del tiempo trabajado en las petroleras, es plausible ubicar su viaje en la segunda mitad de la década del cincuenta. Tampoco hay informaciones ciertas de su duración si bien el texto señalaba en algún momento que "ya nos encontramos más de tres meses en la selva"¹³.

La observación se refiere al primer viaje que desde Mitú llevó a Eberhard hasta los ríos Pirá Paraná, Apaporis y Traira con regreso hasta San José del Guaviare y destino final de Villavicencio. Sobre el mismo periplo el extranjero agregó en otra oportunidad que la "navegación por el Umuña, sus afluentes y caños duró varios días". Puede colegirse entonces que la expedición se extendió por al menos cuatro meses. En esta primera jornada, Eberhard contó con la compañía de un guía mestizo que hablaba al menos cinco lenguas indígenas y era hijo de un cauchero y una indígena cubea y a quien conoció al llegar a Mitú. Un segundo viaje fue adelantado desde La Pedrera por una parte del río Caquetá y de su afluente, el Mirití Paraná.

La travesía amazónica se hizo navegando por los ríos, caminando por trochas y, en múltiples ocasiones, usando los varaderos como vías establecidas para unir los cursos de dos ríos o continuar la navegación tras arrastrar la canoa en algunos puntos en donde los raudales se constituyen en obstáculos naturales insalvables.¹⁴ Al llegar a Mitú el explorador señaló que había una misión de franciscanos, sin duda una equivocación, pues entre los años 1914 y 1949 la jurisdicción eclesiástica que cubría los departamentos actuales de Guaviare, Guainía y Vaupés fue regentada por los misioneros de la Compañía de María o monfortianos fundada en Francia por San Luis María Gringnon de Monfort y sustituidos en 1949 por los javierés de Yarumal del Instituto de Misiones Extranjeras de Yarumal fundados por monseñor Miguel Ángel Builes en

13. (1959), en Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá-Colombia, República, *Ministerio del Interior*, Caja 190, carpeta 1609, ff 156

14. Irving Goldman, *Los Cubeo. Indios del noroeste del Amazonas* (Méjico: Instituto Indigenista Interamericano, 1968), 41. Allí el autor anota que: "el varadero para las canoas es poco más que un trecho plano de playa, donde una canoa puede ser sacada del agua. Es también el sitio para bañarse, para sacar agua, para lavar las raíces de mandioca. Es un puerto".

1927.¹⁵ Desde la primera década del siglo veinte, la región del Vaupés colombiano fue objeto de la explotación cauchera, en cuya práctica la violencia ejercida sobre los indígenas les llevó a reaccionar violentamente. En ese sentido, el presente documento menciona que un indígena tatuyo del caño Tatú había cometido el asesinato de los caucheros Gomelin. Este episodio confirma lo sucedido con otros pueblos indígenas como los Carapana, Tucano, Kabiayá y los propios Tatuyo que en distintos lugares de los ríos Papuri, Vaupés, Tiquié y Apaporis respondieron matando a caucheros blancos por el maltrato físico o la intención de establecer vínculos con mujeres indígenas.¹⁶

Por otro lado, Eberhard apuntó el relato de un cacique según el cual unos cuarenta años atrás, los Makunas eran todavía caníbales, y que el narrador siendo joven había participado de un banquete antropofágico. La víctima había sido un forastero abusivo. De esta manera los Makuna se sumaban a los pueblos que resistieron violentamente el abuso impuesto sobre ellos. El indígena le indicó a Eberhard que esta práctica era cosa del pasado y le dijo al viajero que de comedores de carne humana habían pasado a ser comedores de casabe.

En cuanto a su propósito principal, el autor identificó y consignó en su texto el uso de varias plantas. En primera instancia el autor demostró el intenso uso de la yuca como fuente alimenticia en la región del río Pirá Paraná y sus afluentes, e incluyó varias de sus preparaciones. También describió reiteradamente el uso de la coca consumida de manera cotidiana en la forma de mambe, cuya finalidad era obtener fortaleza física e inhibir el hambre. Asimismo mencionó el yagé como una infusión que producía alucinaciones y permitía comunicarse con los espíritus; habló de la pusana de la que se hacía una sustancia para enamorar; y del tabaco en polvo sobre el que indicó que en particular los indígenas Matapis del río Miriti Paraná lo inhalaban mezclado con cenizas.

La expedición de Eberhard permite tener una idea de la distribución de los pueblos en la región que visitó y algunas de sus prácticas culturales. Los reportes incluyen un listado de 30 fotografías que acompañaban los textos sobre el Vaupés, los cuales todavía no han sido ubicados. Pese a que el autor vivió en Colombia durante un tiempo prolongado, algunas equivocaciones gramaticales y ortográficas eviden-

15. Gabriel Cabrera, *Los poderes en la frontera*, 367.

16. Gabriel Cabrera, *La Iglesia en la frontera: misiones católicas en el Vaupés, 1850-1950* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002), 175-178.

cian que si bien Eberhard tenía competencia lingüística en español, no desarrolló un manejo pleno del idioma. Dicho esto, a continuación incluyo una transcripción total del documento, las notas a pie fueron introducidas por mí para dar claridad sobre algunos aspectos.

Gabriel Cabrera Becerra

Doctor en Historia Universidad Nacional de Colombia sede Medellín
Profesor asistente de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín
Correo electrónico: gcabrera@unal.edu.co

[folio 156]

**Estuve en la selva desconocida
Por tierras anfibias del Vaupés al Apoporís (sic)¹⁷**

Reportaje por J.G. Eberhard

Mucha gente me ha preguntado en diferentes ocasiones: como cayó usted en la locura de vagar por esas selvas ecuatoriales. Esto ocurrió así: hace años contrató una compañía petrolera mis servicios para suministrar y equipar a sus comisiones técnicas y científicas con los equipos y las provisiones necesarias para sus operaciones en la búsqueda de petróleo en los Llanos Orientales. Así conocí durante cinco años todos los Llanos; de la Cordillera al Río Orinoco, y desde Arauca hasta los ríos Atabapo y Guaviare. Y así empecé a interesarme, entusiasmarme y apasionarme por las selvas desconocidas. Cuando terminó la fiebre de buscar petróleo en los Llanos Orientales de Colombia, continué mis andanzas, viajes y expediciones por el mundo desconocido. ¿En busca de qué? Esta vez mi interés era hacer contactos con los (sic) tribus de la selva, los indios, y la búsqueda de plantas raras y medicinales.

Mi vaqueano Indígena: (tachado en el original)

Un día, un avión anfibio me dejó con mi equipo y provisiones en el río Vaupés,

17. Gabriel Cabrera, *La Iglesia en la frontera*, 235-236. Allí el autor relaciona los nombres dados a este río en el pasado, como Apapuris y Apoaperi (siglo XVIII), y Paporis (siglo XIX).

directamente frente a la población (de) Mitú, que está cercada en tres lados por selvas y en un lado por el río Vaupés. Allí está instalado el comisariato del Vaupés, una misión de franciscanos, algunos caucheros y varios indios semi-civilizados. Al bajar del avión supe, que por lo menos un mes largo estarían cortadas mis conexiones con el mundo civilizado, pero nunca pensaba que mi permanencia en la jungla iba a durar medio año y que para salir de ciertas regiones selváticas teníamos que atravesar a pie pantanos y selvas por distancias de treinta, cincuenta y más kilómetros, y arrastrar nuestra canoa a través de las selvas, para poder pasar de un río a otro. Mi vaqueano indígeno (sic) se llamó "Pajarito del Monte" y era hijo de un cauchero y de una india cubea.¹⁸ El destino hizo encontrarnos el primer

[folio 155]

día en el Vaupés. Su cara era (estaba) quemada por el sol tropical y al mismo tiempo pálida por las fiebres del Pirá y Taraída (sic).¹⁹ Él habló varios idiomas indígenos (sic), el tatuyo,²⁰ macuna,²¹ Yaúna,²² Marasana,²³ (sic) y el Geral.²⁴ Como intérprete y conocedor de las selvas era sumamente útil.

18. Irving Goldman, *Los Cubeo*, 32. Allí el autor menciona que se autodenominaban Pamiwa (primera gente) o pwānwa (gente) y que vivían en el alto Vaupés y sus afluentes el Querarí, Cuduiari.

19. En algunas fuentes se escribe como Trarira y actualmente se escribe como Taraira que es el nombre de una especie de pez.

20. Patrice Bidou, "A propos de l'inceste et de la mort. Un mythe des Indiens Tatuyo du Nord. Ques de l'Amazonie", en *La function symbolique. Essais d'anthropologie*, comps. Michel Izard y Pierre Smith. (París: Gallimard, 1979), 108. El autor señala que los Tatuyo se autodenominaban *Pamwa mahâ* y su ancestro era la Anaconda Celeste. Vivían en el curso superior del alto Pirá Paraná, el alto caño Ti y el caño Japú.

21. Kaj Arhem et al., *Etnografía Makuna. Tradiciones, relatos y saberes de la gente de agua* (Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2004), 9. Los Makuna se autodenominan *Ide masâ*, la gente del agua y su ancestro es *Idejino* la Anaconda de Agua. Sus principales asentamientos se encuentran hoy en los caños Toaka y Komeña afluentes del Pirá Paraná y en los cursos bajos de los ríos Pirá Paraná y Apaporis.

22. Los Yauna son otro pueblo de la región del que sobreviven en el presente algunos individuos.

23. Christine Hugh-Jones, *Desde el Río de Leche. Procesos espaciales y temporales en la Amazonia noroccidental* (Bogotá: Ediciones Universidad Central, 2013), 361-362. Los Barasana se autodenominan *Hanera* o *yeba masa* y viven en el río Pirá Paraná, el caño Komeyaká y el caño Tatú.

24. Gabriel Cabrera, "El Geral y la colonización del Alto Río Negro-Vaupés", en *Perspectivas antropológicas sobre la Amazonia contemporánea*, comps. Margarita Chaves Chamorro y Carlos Luis del Cairo Silva (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Pontificia Universidad Javeriana, 2010), 370-

La primera noche cuando estuve en tertulia con Pajarito del Monte me hablaba de su vida agitada en la selva. Contaba de sus actividades como viajero de selvas, guía de los tatuyos, bailarín indígena (sic) y como brujo. Hace aproximadamente veinticinco años nació Pajarito en Mitú, de padre colombiano, que era cauchero y de madre cubea, la hija de un cacique. Pronto aprendió a comer el pan del indio, casabe,²⁵ y a nadar en los ríos selváticos. Cuando tenía quince años perdió a su padre. La selva le había tragado. Los caucheros contaron que la canoa se había trambucada (sic) en los raudales, otros que una enorme anaconda lo había tragado. En todo caso, un día el cauchero no regresó a su casa como de costumbre. Poco tiempo después de esta tragedia selvática la madre de Pajarito del Monte también desapareció del Vaupés sin dejar huellas. Mi vaqueano (sic) quedó huérfano.

Y Pajarito continuaba su narración: "Entonces abandoné el pueblo, subí los ríos, entré las selvas durante días y semanas y busqué la primera maloca de los indios. En mi viaje bebí mucha agua de los ríos, para calmar mi hambre. Tenía que llenar mi estómago con algo. Y un día me encontraron los cazadores tatuyos en la selva del Pirá. Los años siguientes viví entre ellos". Entre los caucheros del Vaupés se contaba la siguiente historia: "Un blanco misterioso vive con los cazadores de la selva. El viste como los indios con taparrabo y es un brujo. El guía los indios por los ríos y a través de las selvas por trochas desconocidas, el cura sus enfermedades y dirige las guerras contra otros (sic) tribus indígenas de las selvas del Taraída (sic) y las de la Amazonía brasileña".

Mientras Pajarito hablaba, mambeaba²⁶ constantemente su coca. Tomaba un puñado de coca, respiraba profundamente, chupaba el polvo verde y masticaba lentamente. Después quedó extrañamente quieto como absorto en meditaciones. De pronto golpeaba sus labios endormecidos (sic). "Yo mato", decía. "La coca es mi mejor alimento, calma el hambre y rejuvenece mi cuerpo. Cuando mambeo no siento cansancio. Yo no siento sueño cuando tengo coca durante el viaje. También he tomado yagé, para leer en

373. El Geral en portugués o Nheengatú en tupí es una lengua de origen tupí, tomada por los jesuitas del litoral brasileño e introducida como lengua vehicular para adelantar sus trabajos en las misiones en el interior de la Amazonía.

25. Guillermo Vargas Ávila, *Transformación y elaboración de alimentos con especies vegetales y animales por las comunidades de cubeos del Cuduyari* (San José del Guaviare: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas Sinchi, 2006), 22. El Casabe es la preparación más común que tiene como base la yuca brava luego de rallarla y tostarla.

26. El mambe es el resultado de mezclar polvo de hojas de coca (*Erythroxylum coca*) tostada con cenizas de hojas de yarumo (*Cecropia sp.*) y su consumo, que se conoce como mambear, se realiza colocando el polvo en los carrillos y humedeciéndolo con la saliva para tragarlo lentamente.

[folio 154]

el porvenir. He curado los tatuys que han sido mordidos por serpientes venenosas. Yo puedo embrujear con el polvo de plantas venenosas y tengo el poder de hacer regresar mujeres infieles y también puedo matarlas. En este instante despertó Pajarito del Monte de su embriaguez y de la influencia del precioso enervante indígeno (sic). Este hombre de la selva iba a ser el guía de mis viajes y expediciones durante muchos meses a través de las selvas ecuatoriales en el sur de Colombia y el norte del Brasil.

Por Tierras Anfibias:

Por semanas remamos por el río Vaupés y sus afluentes, el caño Tibú y subimos por el caño Piranda al alto Pirandero. Ya llevemos muchos días de remar por este caos de junglas, ríos y selvas. Todo esto es una gigantesca creación mosaica de selvas, junglas, desiertos, llanos, interrumpido por gigantescos ríos, caños, lagos, lagunas y cuerpos de agua de diferentes formas y naturaleza y de vez en cuando separadas por cerros, sierras, montañas y colinas que emergen aquí y allá aisladas desde el eterno mar de selvas tropicales y traidoras (sic) pantanos con sus bosques semi-sumergidos en el agua. Todo esto me parecía un tejido gigantesco y caótico de la naturaleza, una Hilea Amazónica. En estas selvas acuáticas y en este mundo de plantas oceánicas era solo posible avanzar por vía de agua. Sorprendido descubrí estas tierras anfibias, donde cada gota de agua contiene una larva de mosquito, donde los peces son peces de rapiña, donde los pájaros son de los de hábito anfibio y acuático, donde uno está persiguiendo el jaguar, la puma y los otros animales salvajes en canoa para cazarlos, y donde los pescadores pescan los peces con arcos y flechas.

Nos internamos por este laberinto (sic) de desiertos remando entre gigantescos árboles de selvas parcialmente sumergidas y atravesamos más pantanos hacia el río Pirá y Tatuyalandia, la región de indios guerreros en el triángulo entre los ríos Vaupés, Apoporí y Taraída (sic). Y un día estuvimos frente al misterioso país de los tatuys cuando entremos (sic) la boca y subimos por el caño Tatú. Este angosto caño que está serpenteado por selvas desconocidas es la única vía natural hacia este mundo desconocido, donde viven unos de los tribus indígenas más primitivos del mundo en total aislamiento.

Siguiendo Trochas Peligrosas:

Forzamos nuestra canoa entre troncos de varios metros de ancho que

[folio 153]

habían caído al caño y casi taparon el puerto selvático. Después de haber entrado al puerto y amarrado la canoa preparamos (sic) en seguida algo para comer. Era todavía temprano por la mañana, pero distribuimos nuestro equipo y provisiones entre los indios marineros y cargueros que nos acompañaron, porque teníamos un largo y penoso viaje a pie por trochas peligrosas delante de nosotros. Sentí por primera vez cierta curiosidad mezclada con temor y me llenó poco a poco una sensación de fascinación (sic) y miedo. Nos encontramos (sic) delante la aventura incierta y, como se expresó el cocinero, estuvimos en la puerta del infierno.

Era una trocha bien mantenida y como pareció, muy traficada. Avanzamos (sic) a manera de los indios, uno tras otro. Reinaba una semi-oscuridad en esta tupida selva y observé de vez en cuando variedades de luces, que eran insectos fosforescentes volando entre los árboles y plantas de este mundo extraño. Oímos ruidos raros y otra vez hizo un silencio impresionante. Al fin oímos gritos de guacamayos y loros en las ramas de los árboles. En alguna distancia el ruido aterrador de la caída de un gigante de la selva parecía como el traqueteo de una ametralladora. Y otra vez mas este silencio de ultratumba.

Durante muchas horas seguimos la incertidumbre de esta trocha de los indios desconocidos. En las horas de la tarde encontramos (sic) la presencia de vida humana en esta selva que parecía deshabitada. Delante de nosotros se extendía un espacio libre de varias hectáreas (sic), encerrado por todas partes de la selva omnipotente. En el centro de este desmonte se levantaban siembras de yuca, coca, ananás y bananos. Era una verdadera chacra en medio de la selva. Casi en la mitad de las siembras se levantaba la casa comunal, la primera maloca tatuya. Mecánicamente pensé: "Esto es pués Tatulandia, donde viven los indios más primitivos de las selvas del Sur. Con razón, porque durante los últimos años han tratado de penetrar varios caucheros para conquistar indios para sus trabajos en las caucherías de los ríos Apoporí y Caquetá. Gran parte de ellos han encontrado la muerte en el alto Pirá.

Mi guía decía algo. "Aquí debemos obrar con prudencia. Es necesario que uno de los nuestros vigile cada noche mientras los otros duermen, porque no puedo garantizar como los tatuyos nos reciben". En cierto modo estas palabras me calmaron un poco. Sentí que no estuve completamente solo en la selva ante este peligroso silencio.

[folio 152]

Muy despacio se abrió la puerta de la maloca, de abajo hacia (sic) arriba, como el puente de alguna antigua fortaleza. Parece que centenares de ojos tatuyos nos habían observado, sin que nos dimos (sic) cuenta.

Los Tatuyos del Pirá:

Una maloca de construcción triangular y de color rojizo como de hojas secas, se contrastó fantásticamente contra el verde oscuro de la eterna selva. Desde el interior oímos hablar de manera brusca y pudimos distinguir solamente la siguiente palabra: Hi-hi-hi-hi-i-i-i. De repente hubo un silencio absoluto que hizo parecer la maloca como deshabitada. Por la penumbra que reinaba en el interior de la casa comunal no se podía distinguir bien los indios ni los objetos. De pronto percibí otras exclamaciones. Haha-ha-ha-a-a-a. Más tarde oí frases incomprensibles en el dialecto salvaje de los tatuyos. Ho-ho-ho-ho-o-o-o. "¿Qué están diciendo estos diablos?" pensé al entrar, al lado de Pajarito, por el portón de la maloca.

En este momento apareció un indio alto y desnudo en la entrada. Ña!, lo saludamos Haí! nos contestó el tatuyo Haza ehaque gé, dijo el vaqueano (venimos del Vaupés) Bö (bueno) nos contestó el capitán tatuyo Yari-Erijonga, o "cabeza de tigre". Por algún tiempo conversaron Yari-Erijonga y Pajarito del Monte en idioma tatuyo. Al fin desapareció la expresión de disgusto de su cara que el tatuyo mostró al primer encuentro con nosotros y reía a carcajadas. Hi-hi-hi-hi-i-i-i. Vamo yí" (queremos comer) dijo ahora Pajarito. Yari-Erijonga no le contestó y su cara mostró una expresión impenetrable "Cajone muene insiya", (traemos regalos para ti) le explicó Pajarito. El cacique nos llevó entonces hacia unos chinchorros desocupados para que descansemos. Cerca de nosotros vi sentado en un banco bajito un indio viejo con cara de piel

de cuero arrugado, quien se rasgaba con las manos los dedos de los pies y gritaba: Hi-hi-hi-hi-i-i-i. Este tatuyo era Nomito-o (rama de la palma de seje²⁷), el brujo del

[folio 151]

caño Tatú y el asesino de los caucheros Gomelin.

En la Maloca Tatuya:

Durante la tarde nos instalamos en una esquina cerca del portón de la maloca, que media veinte metros de anchos (sic) por treinta y pico de largo y como diez metros de alto. Allí depositemos (sic) nuestro equipaje y colguemos (sic) las hamacas estratégicamente. Mientras tanto Pajarito y Yari-Erijonga quedaron absortos en conversaciones largas que mi guía me comunicó más tarde. El jefe tatuyo le había preguntado: porque (sic) traes blancos, no queremos blancos en Tatulandia. Hemos oído que una banda de blancos viene a robarnos nuestras mujeres y a llevar los indios jóvenes para los barracones de los caucheros. A todo esto le contestó mi guía: esto no es la verdad, el blanco viene como amigo, ha viajado muchas lunas a través del gran océano y muchos países y solo viene a visitar a los indios de la selva, a negociar con ellos y está buscando plantas raras y medicinales. El resultado de esta conversación era, que los tatuyos nos ofrecieron una esquina en su maloca, nos dieron de sus comidas y nos guíaron (sic) en nuestros viajes por su territorio.

De noche la maloca tenía un aspecto infernal. En la mitad se encontraba una canoa larga con una tapa de madera. Esta contenía el vino de [la] palma [de] Chontaduro.²⁸ A cada lado de la canoa iluminaron dos antorchas de brea la maloca. En la parte posterior de la casa comunal estaban encendidas (sic) dos fogones, donde las indias cocinaron en ollas de barro cocido sus comidas y hornearon grandes tortas de yuca, el casabe o pan de los indios. A los lados colgaron los chinchorros. Muy tarde nos acostamos todos en nuestras hamacas, menos el encargado de vigilar discretamente. Los tatuyos no parecieron querer dormir mucho, porque los vi encender varios fogones de un lado y otro de la maloca durante casi toda la noche.

27. *Oenocarpus bataua*.

28. *Bactris gasipaes*.

También trataron de mantener los fogones encendidos en forma que el lado donde ellos dormían quedó más bien en la oscuridad mientras que el lado nuestro estaba bien iluminado y se podía ver cualquier movimiento que hacíamos. Al fin cerré mis ojos y me entregué al sueño. Medio dormido vi como los tatuyos metieron de vez en cuando más leña sobre los fogones para alimentar la candela, más tarde solo oí a través de un sueño ligero como cayeron pedazos de leña en los fogones y al fin no me di más cuenta que pasaba. Un ruido peculiar producido por el andar de piés (sic) desnudos me despertó muy temprano cuando apenas cayeron los primeros rayos de luz al interior

[folio 150]

de la chosa (sic) indígena. Secretamente me felicité que estaba todavía vivo y gozando de buena salud. Por todas partes empezaron las indias a entregarse a sus acostumbrados oficios caseros. Sobre un fogón tostaban unas hojas raras, que más tarde mezclaron con la ceniza de un arbusto llamado caímaron. Esta mezcla echaron en troncos huecos de unos dos metros de largo. Dos indios molieron este producto (sic) en el interior de los troncos apisionandolo (sic) con palos. El producto terminado era un polvo verde, el precioso polvo de coca. En cada maloca tatuya preparan de vez en cuando toneladas de esta coca y todo el mundo mambea esta droga enervante en sus horas de ocio y por las noches. Bum-bum-bum, sonaron los ecos de las batidas de coca en la maloca tatuya.

FOTOS:

1. Mi vaqueano (sic) en el río Pirá
2. Subiendo por un laberinto (sic) de ríos hacia Tatuyalandía
3. Un día estuvimos frente el misterioso país de los tatuyos
4. Avanzamos por selvas acuáticas en conoa (sic)
5. Desembarcamos en el caño Tatú
6. Seguimos la incertidumbre de trochas peligrosas
7. Mi encuentro con Yari-Erijonga
8. Maloca tatuya en la eterna selva
9. Indias preparando el vino del fruto de la palma [de] Chontaduro (sic)
10. Tatuyos bailando con bastones sonoras (sic). Dos pusieron la ropa vieja regalada

por nosotros, para lucir mejor, mientras Yari-Erijonga preferió (sic) bailar en estado natural.

NOTA: El próximo reportaje trae: Mundo de Venenos-Los Tatuyos Bailan-Brujería de los Indios-Comidas Selváticas-A Través Selvas al Taraída etc.

J.G. Eberhard
Apartado Nacional 1892
Bogotá, Colombia

[folio 149]

**Estuve en la selva desconocida
A través las selvas del sur por trochas indígenas**

Reportaje de J.G. Eberhard

Mundo de Venenos:

En las selvas del Sur, entre los ríos Vaupés, Apoporís (sic), Caquetá y Putumayo siembran y cultivan los indios de la selva con una verdadera pasión y producen el polvo verde, la coca por toneladas. Es un arbusto con hojas semejantes a las hojas de la planta del té. De estas hojas producen un precioso enervante indígena al que todos los indios han vendido sus cuerpos y almas enteramente. En cualquier ocasión mambean el polvo verde y parece que no pudieron vivir sin masticar la coca. Parece que la coca capacita al indio de emprender cosas increíbles y realizar viajes penosas y agotadoras (sic) por las selvas.

Remar durante semanas y meses, a veces sin alimentos durante varios días, penetrar a pie por las trochas que se extienden por centenares de kilómetros a través de las selvas, llevar cargas de treinta a cincuenta kilos durante días enteros, arrastrar canoas a través de la jungla por distancias de muchos kilómetros de un río a otro, todo esto es ningún juego de niños, es un trabajo gigantesco de titanes. Aparte de los alimentos, la coca es el producto más ambicionado en esas regiones selváticas. Para el indio significa la realización de todos sus deseos. La coca tiene la propiedad de eliminar la sensación de hambre y sed.

El polvo verde le ayuda a sobreponerse a todas sus calamidades de una existencia dura. Durante el invierno, cuando llueve día y noche, la coca le protege contra la humedad excesiva y en verano hace más llevadera soportar el calor tropical. Hasta le suaviza los dolores físicos y constituye el pasatiempo más favorito del indio de la selva. Un laboratorio natural de química presentan estas selvas, donde crece otra planta extraña, el yagé.²⁹ Este narcótico permite al brujo tatuado de entrar en cierto trance y de relacionarse con el mundo de los espíritus.

[folio 148]

Solo entra el brujo en la jungla y corta del arbusto yagé las raíces y ciertas partes de la corteza de la planta. Sobre el fuego cocina el yagé en una olla de barro. Despues de cierto tiempo cuando el agua ha hervido y extraído las propiedades de esta droga obtiene un líquido espeso de color rojizo. El brujo está de ayunas, porque solo así debe tomar la bebida mágica de la selva. El veneno produce pronto sus efectos y le permite hacer sus curaciones y profecías a los indios de la tribu. Un mundo de venenos presentan estas selvas desconocidas, donde crecen miles de plantas venenosas, medicinales y desconocidas para el hombre de afuera.

De las diferentes aplicaciones de venenos y plantas maravillosas, solo quiero narrar la historia de una planta extraña que usan de vez en cuando aquellos indios y que llaman Pusanga o Pusana.³⁰ Es una planta afrodisíaca de la cual los individuos que preparan el filtro amoroso son especialistas, cuya fama es conocida a través de vastos territorios. La droga utiliza el indio para enamorar una muchacha diferente, y al contrario la usa la india para procurarse el amor del indio por este medio, si ha fallado conquistarlo por otros métodos del arte de enamorar. Suministrada en fuertes dosis la pusana puede llevar la víctima a la locura. La persona que se encuentra bajo el efecto de esta droga siente un irresistible deseo hacia la otra que le ha suministrado el afrodisíaco y como sus pensamientos y sentimientos se concentran continuamente alrededor de esa persona, esto puede a veces terminar en una verdadera tragedia. Hay indios que hacen uso de la pusana en una forma débil y limitadas y aumentan en esta manera el poder de sus debilitadas capacidades sexuales.

29. *Banisteriopsis caapi*.

30. François Correa, *Por el camino de la Anaconda Remedio* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1996), 396 y 398. Refiere el nombre de chundul.

Los Tatuyos bailan:

Era hace millones de lunas, al principio del mundo del indio de la selva y mucho tiempo antes de la llegada de los conquistadores españoles a Sur América. En aquella época remota nadaron pequeños peces por el Pirá y Apoporis en busca de alimentos. Llegaron al salto Jiri-Jirimo donde no podrían subir más y así devolvieron, pero también en el bajo Apoporis quedaba cerrada la salida por una serie de saltos. Desde ese tiempo han venido e ido los peces sabaletas por esos ríos. Un día creó el dios de los vientos un lago, pero eran aguas muertas. Entonces se transformó el pez cacique en hombre y los pájaros de la selva enseñaron a los primeros hombres-sabaletas los secretos de la selva.

[folio 147]

Desde aquel tiempo los indios del Pirá y Apoporis bailan cada año, cuando crecen los ríos durante la época de lluvias el baile de sabaleta. Las masqueras suelen tener el poder de atraer el mañoco y ahuyentar al hambre, la pintura en los cuerpos de los bailarines tienen el poder de expulsar el diablo de la selva. Los pasos hacia adelante y atrás representan la vida, la muerte, la lluvia y el sol, y el canto es una plegaria que llena la selva frecuentemente de tristeza. La fiesta de la sabaleta y sus bailes duraron tres días y tres noches. Durante los intermedios había abundancia de vino de palma [de] chontaduro, coca para mambear, carne de danta,³¹ paujil, mañoco y el pan del indio, casabe, para ahuyentar el hambre.

Brujería de los indios:

Ya me había convertido en amigo de Nomito-o, el brujo del caño Tatú, el cazar-dor y matador de hombres de la selva. Un día me invitó a acompañarle y entramos la selva anónima. El brujo cortó el yagé y cerca de un caño hicimos fuego sobre el cual colgamos una olla con agua. Nomito-o echó el yagé para preparar la bebida mágica. Cuando estaba lista tomó lentamente todo el contenido. Me dijo que iba a tener sueños reveladores durante su sueño y estado de trance, producido por el extraño

31. *Tapirirus terrestris*.

narcótico. De repente se acostó en su chinchorro colgado entre los árboles. Nomito-o cerró sus ojos mientras desde lejos llegaron voces extrañas hacia su oído. Su estado se parecía al de un paciente bajo el efecto de cloroformo. Pronto se apoderó de él un temor inexplicable y su voluntad lo forzó a abrir los ojos. Tenía alucinaciones y veía llamaradas circulares multicolores.

El fogón se extinguíó y la oscuridad de una noche selvática nos cubrió. Nomito-o medigó. De pronto empezó el fogón echar nuevas llamaradas. Brincando de mi chinchorro me dirigí hacia el brujo. Una serie de sensaciones raras parecían dominarlo, todas me parecían desagradables y aplastantes. El corazón del brujo latía más fuerte y más rápido. Una fuerza misteriosa golpeaba sus sienes. Pero, inexplicable, su pulso era normal. Nomito-o quiso levantarse, pero su cabeza era demasiado pesada. En cambio le parecían que sus manos habían perdido toda pesadez. A veces veía formas bizarras: animales con cabezas gigantescas, arañas de cuerpos enormes, indios y diablos que se combatían. En estado revoltoso quiso levantarse y huir, pero su cuerpo quedó frío y paralizado. En su delirio no podía hallar suficiente voluntad para huir. En las primeras horas de la mañana el brujo despertó con un salto salvaje y gritó como una fiera herida. Había tenido visiones aterradoras.

[folio 146]

Regresemos a la maloca de los tatuyos. Reunidos los tatuyos revelaba sus visiones y los mensajes telepáticos del mundo de los espíritus. La guerra con los indios del Taraída, los Majeñas³² o "hombres hormigas" era necesaria. Todavía no era aconsejable a ponerla en ejecución, pero en una luna deberían hacerlo. Si esperarían más, tendrían exponerse a un ataque de los Majeñas y sus aliados más tarde y entonces estos podrían causarles graves daños.

Libertad absoluta:

El tatuyo estima ante todo su absoluta libertad. Este indio individualista no

32. Kaj Arhem et al. *Etnografía Makuna*, 31. Los Majiña son los *Emoa* y nacieron de los mismos Makuna compartiendo con ellos una lengua, unos conocimientos y un mismo territorio. La diferencia entre los Majiña e Ide masa (Makuna) es que los primeros nacieron para ser *yaia* (payés, curadores tigres, sacadores de enfermedades) por eso son considerados cuñados de los Makuna.

gusta de prestar sus servicios a los caucheros y trabajar para otros. No busca ni quiere tener contacto con forasteros y desprecia a todos. Se siente el amo de la selva y no admite autoridad ajena. En cierto sentido tiene razón, porque vive independiente en su maloca, no paga arriendo, procura su carne en la selva con su cerbatana y flechas envenenadas y sus arcos y flechas y por consiguiente no necesita pagar cuentas mensuales en la carnicería. Anda a pescar, tiene sus siembras de mañoco y otros productos y no conoce ninguna tienda que le molesta para pagar los víveres comprados en la tienda cercana.

Nunca le falta el agua del río o del caño, porque ningún acueducto le corta el agua por falta o atraso de pago. Tampoco le molesta la energía eléctrica. Nunca está apurado por falta de dinero, porque simplemente no conoce y no le importa la plata. No necesita comprar ropa y toda clase de artículos, solo para enriquecer a los negociantes. Vive feliz en una libertad e independencia absoluta, porque no está sometido a la civilización moderna con todo su papeleo.

Comidas selváticas:

Con las perspectivas de una guerra entre los tatuyos y los Majeñas, decidimos acortar nuestra residencia en Tatuyalandia. Nuestra ruta era de subir por el río Umuña, sus afluentes y unos caños anónimos y al fin seguir la trocha secreta, conocida solamente a los indios de la región, hasta el Taraída. El río Umuña, de unos siete metros de angosto, se estrechó gradualmente a cinco, cuatro y tres metros. Las aguas raudalosas llevaron troncos y árboles y peligraron nuestra navegación. Con la medida que el río se estrechó se hacía más precaria la subida por este hasta que lleguemos a sitios donde troncos atravesados de una orilla a la otra nos obligaron a abandonar la canoa y empujarla debajo de estos obstáculos. Era el paisaje más salvaje y al mismo tiempo hermoso que había visto durante muchos de mis viajes. De repente nos tocó otra

[folio 145]

parada, un tronco gigantesco cerró la vía y entre la superficie del agua corrumboso y el árbol no había suficiente espacio para pasar la canoa por debajo del tronco.

Los indios tatuyos empezaron a trabajar el árbol con nuestras hachas y machetes y lo cortaron en dos partes. Pasamos al fin, solo para encontrar un kilómetro más arriba otro semejante obstáculo. La navegación por el Umuña, sus afluentes y caños duró varios días y nos obligó a un trabajo agotador de esclavos. Naturalmente ya no teníamos nada de las provisiones que habíamos traídas y era necesario vivir de la selva. Pescamos un valentón de unos treinta kilos, comimos una sopa de guacamayo que sabía casi a caldo de gallina, pero la carne era tan dura que no se pudo comer. Los indios prepararon un mingao,³³ que es un sancocho de fariña,³⁴ pescado, hierbas y condimentos de la selva y como postre había todavía de la última reserva de café.

La fariña es el alimento universal de la selva amazónica y del Orinoco. Mañoco o fariña se puede comer en muchas preparaciones, frio y caliente, en forma de sopas o mingao, cocinado, como el arroz, con pescado o carne de la selva, frio y mojado en agua, mojado en café con leche o chocolate. En total la gente recursiva de la selva conoce treinta maneras de preparar el mañoco. La fariña tiene la ventaja que no se daña en este clima húmedo y caliente y simplemente empacada en pañeros o cestos fabricados por los indios se conserva meses y hasta un año.

Todos los víveres conocidos, como manteca, azúcar, galletas, que me sustituyó por mucho tiempo el pan, avena, arroz, frijoles, rancho y conservas en lata habían sido consumidos, porque ya nos encontramos más de tres meses en la selva. De vez en cuando podíamos variar nuestro menú cuando teníamos suerte de cazar pájaros, micos y algún otro animal. Así durante estas travesías de los desiertos, pantanos y selvas he comido todos los animales exóticos, como guacamayos, pavas, paujiles (cuya carne es más sabrosa que la de gallina), patos silvestres, micos maiceros,³⁵ dantas, (que sabe a carne de res), armadillos,³⁶ picurés,³⁷ sainas³⁸ y otras clases de marranos selváticos,

33. Guillermo Vargas Ávila, *Transformación y elaboración*, 22. El mingao es un caldo espeso resultado de la cocción del líquido de la yuca revuelta con plátano (*Musa spp.*) o con otros frutos como el ucuquí (*Pouteria ucuquí*).

34. Guillermo Vargas Ávila, *Transformación y elaboración*, 22. La fariña es la yuca brava rallada y tostada que puede almacenarse durante varias semanas. Si a la fariña se le adiciona agua se obtiene otra preparación llamada chive.

35. *Cebus apella*.

36. *Dasypus spp.*

37. *Dasyprocta spp.*

38. *Tayassu tajacu*.

hasta culebras y toda clase de pescado. Naturalmente nuestra alimentación principal consistía de pescado y fariña. Por falta de manteca, utilizamos la manteca de danta y aceite del fruto de la palma de seje. Cuando se nos acabó la sal, la sustituimos con ají de la selva. En las cabeceras del río Umuña fui huésped de honor del cacique Kigua quien me obsequió el banquete más exótico que había disfrutado durante

[folio 144]

mis viajes selváticos. Mientras estuvimos conversando sobre la travesía de las selvas y la montaña por la trocha secreta de los indios, hacia el Taraída, se acercó una india tatuya con una olla llena del plato favorito de Kigua. El jefe me invitó a participar en la comida de este plato raro. Pregunté que era y mi baquiano me explicó: mojojoy! Gusanos de la palma de seje,³⁹ Era una olla llena de gusanos gordos y mantecosos. Aunque el aspecto de este alimento no me provocaba mucho supe que debía participar en la comida predilecta del cacique. Rehusar lo que él me había gentilmente ofrecido, lo hubiera ciertamente ofendido y se había perdido un buen amigo. Comido con ají los gusanos mojojoy no eran de un sabor tan malo y seguramente tenían sus vitaminas.

A través selvas al río Taraída:

Nos encontremos en la entrada de la trocha secreta que conduce del Pirá al Taraída cuando comenzó la época de lluvias. Y con la lluvia llegaron las enfermedades, las fiebres, la tercina, el paludismo, la fiebre amarilla selvática con sus consecuencias, acompañadas de dolores de cabeza, calambres de estómago y vómitos de sangre, todo esto producido por las picadas de unos diminutos mosquitos. Es la fiebre selvática, el vómito negro. Desde las cabeceras del último caño y afluente del Umuña podíamos todavía remar nuestra canoa varias docenas de kilómetros por los deshechos y a través de la selva inundada. Nuestra canoa deslizó entre altísimos árboles y debajo de bejucos, plantas acuáticas, ramas y hojas colgantes.

Rememos en zigzag buscando una vía por donde pasar por estos gigantes de la selva inundada. Poco a poco lleguemos a un sitio de agua verdosa, donde los tatuyos

39. *Rhynchophorus spp.*

abandonaron el bote y lo forzaron sobre troncos podridos y sumergidos en el lodo, agua y pantano. Pero después de haber avanzado en esta forma unos cuantos kilómetros más tocamos tierra firme. Las tierras anfibias habían sido felizmente atravesadas. Escondido entre dos altos árboles sasafrás y una aglomeración de arbusto, bejucos, de donde colgaron orquídea Cattleyas y otras especies encontramos la trocha secreta que conduce al Taraída, la Guainía y las partes del alto Amazonas. Nuestros indios sacaron el equipo, equipaje y toda la carga para depositar todo esto en un sitio elevado y seco. Después de haber comido algo nos pusimos a recorrer la trocha prohibida. Los tatuyos cargaron cada uno un bulto de cuarenta a cincuenta kilos. El camino, que parecía más bien a un sendero de danta, era

[folio 143]

lleno de toda clase de obstáculos, como árboles y troncos caídos, caños, raíces enormes, bejucos y partes pantanosas. Generalmente encontramos troncos de árboles colocados sobre los caños que nos sirvieron de puente. Pero en ciertos sitios inundados y pantanosos sumergimos hasta las rodillas en el fango y las aguas sucias y nos cubrimos con tierra y lodo. Muchas veces tropecé con raíces escondidas o troncos caídos para caer en el lodo o las aguas sucias de la jungla. La camisa y el pantalón de kaki se rompieron y parecían pedazos de trapos. Sin embargo, el deseo de salir lo más pronto posible de este infierno verde nos impulsaba a avanzar en un ritmo regular, en dirección al Taraída.

La selva nos vigiló constantemente con sus sombras oscuras y deprimentes. Gradualmente esta oscuridad se intensificó más hasta envolvernos en una oscuridad completa. Pero había que avanzar, porque no encontramos un sitio apropiados para pasar la noche. Con nuestras linternas eléctricas iluminamos la ruta, pero a pocas horas las pilas se descargaron y las luces de las linternas se apagaron. El calor tropical y la humedad de estas selvas agota rápidamente las pilas eléctricas. Al amanecer del día siguiente vimos al fin el caño anónimo que es un afluente del alto Taraída. En aquel sitio construimos nuestro campamento, mientras los indios regresaron por el camino al lugar de nuestra partida, para recoger y arrastrar por esta trocha una canoa de tamaño regular. A los siete días teníamos la canoa a través de la selva.

NOTA: el próximo reportaje trae Perseguidos por Insectos-En los raudales del Bajo Apaporis-Indios Macunas-Forzando el salto Jiri-Jirimo.

FOTOS:

1. Subiendo el río Umuña por tierras anfibias.
2. Tatuyos bailan el Sabaleta.
3. Las masqueras atraen el mañoco.
4. Los pasos representan la vida y la muerte.
5. Bailes que duran tres días y noches
6. Los bailarines del Pirá se adornan con plumas de garza
7. Mi baqueano contempla el Sabaleta
8. Tatuyos comen sapos
9. Después de haber tomado yagé, Nomito predice la guerra
10. Comí animales exóticos como este armadillo.

J. G. Eberhard, Bogotá, Colombia.

[folio 142]

Estuve en la selva desconocida

En curiara al Apoporis & Ajajú

Reportaje de J. G. Eberhard

Con los indios del Taraída:

Mientras los tatuyos regresaron a sus malocas en Tatuyalandía, nosotros proseguimos la expedición por el caño anónimo a las cabeceras del río Taraída. Callados entremos la cabaña de los Majeñas o "hombres hormigas". El interior era sumido en una oscuridad que no permitía distinguir a primera vista los moradores que descansaban en sus chinchorros. "Cajene muene insiaya" gritamos. Pronto apareció un indio de la penumbra y nos miró con desconfianza y cautela:

Vamo yi: (queremos comer) dijo ahora pajarito
Cajene muene insiaya (traemos regalos) repetí con énfasis.
Nahu niamé, contestó el Majeña y nos trajo casabe fresco.

Así nos hicimos huéspedes de los indios del Taraída. Durante el tiempo que estuve entre ellos me contaron de sus costumbres, leyendas e historias. El Yuruparí es el dios de los Majeñas. Al llegar a la pubertad un indio, el Yuruparí juega un papel preponderante. Se lo anuncia por los sonidos de las flautas. Los indios guardan el Yuruparí celosamente escondido en un rancho cerca un caño en la selva. Cuando los jóvenes llegan a la pubertad les inician en los clanes guerreros. El brujo anuncia que va con los hombres de la selva a llamar el Yuruparí. Cuando las flautas anuncian su regreso y la llegada del Yuruparí se escondan las indias en las malocas, porque les es prohibido ver el Yuruparí. Solamente pueden oír la música de las flautas y oír la gritería de los hombres de la selva. Hum, hum, guaji, guarí, he, he-Yi be zabarte. Al oír esto saben que el brujo viene a embrujear. El camina con los hombres de la selva alrededor de la maloca y entra, dejando el Yuruparí

[folio 141]

afuera. El brujo ofrece a los jóvenes coca para mambear y el rapé para oler. Los hombres de la selva sacan sus aparatos de peces y con las dentaduras de las pirañas arañan los cuerpos de los jóvenes. Despues les pasan por el suplicio principal cuando el brujo y sus ayudantes les azotan con látigos del duro cuero de la danta. Los iniciados que han pasado por la prueba sin quejarse ni derramar lágrimas, ni mostrar sus sufrimientos y dolores, son aceptados al clan secreto de los guerreros. Poco tiempo después celebran la fiesta de las "Larvas del gusano". Que llamen "Yia su di". Durante esta fiesta bailan y cantan sus canciones y bailes y así terminan las festividades del Yuruparí.⁴⁰

40. Kaj Arhem et al., *Etnografía Makuna*, 285-287. "Cuando comienza la época de yuruparí, la gente comienza a ayunar por orden del kumu. Este tiempo es especial para hacer dieta y purificar el cuerpo, y todas las personas tienen que guardar ayuno para no enfermarse durante el ritual. Toda la gente come solamente lo indicado por el je gu y hombres, niños y mujeres deben hacerlo, vayan a ver yuruparí o no. Los niños y las mujeres solo tienen que comer sardinas y hormigas durante esos días. En este ciclo, toda la gente está propensa a cualquier enfermedad y de ahí la importancia de hacer dieta. El curador ordena al maloquero que haga los preparativos para el rito del yuruparí. El ritual dura tres días en la maloca y, durante ellos nadie tiene que comer nada, solo casabe; después de los tres días, el kumu le cura a las mujeres frutas y peces pequeños, o sea, comida que no es tan pesada. Los hombres que vieron yuruparí tienen que permanecer encerrados durante quince días más sin comer nada, únicamente casabe; al término de ellos, el je gu tiene que curar pescado y toda clase de comida para la gente".

Perseguidos por insectos:

Semanas más tarde bajemos por el río Taraída, que forma una frontera natural entre las selvas del sur de Colombia y la amazonia del Brasil. Durante todo este viaje hasta que lleguemos al río Apaporis nos perseguían y molestaron nubes de mosquitos. Hay tantas clases de estos en la selva; algunos volaron en masas alrededor de nosotros y nos molestaron con su zumbido, mientras otras no oímos, pero los sentimos. Estos son los peores, porque pican inmediatamente. Echando sus patas traseras al aire se paran sobre la víctima y chupan la sangre. Había mosquitos que nos visitaron de día y había otros que atacaban de noche. Los nocturnos son los más temibles, porque generalmente son anofeles que transmiten el paludismo y las fiebres de la selva.

Como esto no fuere suficiente, nos torturaron además nubes de zancudos. En la boca del Taraída al río Apaporis nos asaltó otra plaga. También eran insectos, pero de otro calibre, moscas chupadoras de sudor. La chupadora de sudor tiene la forma de una avispa, pero no tiene aguijón. Siempre tiene sed. Tan pronto que empecé a sudar en estas selvas húmedas y cálidas me asaltaron en masa. Se sentaron sobre mi camisa y pantalón empapados de perspiración y chuparon el sudor de la cara, las manos, piernas y todo el cuerpo. Parecía que nunca podían chupar bastante y me llevaron hasta el estado de desesperación. Mientras estas moscas me perseguían con una tenacidad enloquecedora dejaron más bien en paz a los indios que me acompañaron. Pude observar que los indios casi no sudaron.

En los raudales del Bajo Apaporis:

A pocos días de haber entrado al Apaporis y subido este río llegué a los saltos y raudales de Libertad,⁴¹ Estrella y Sucre. El Apaporis recorre más de 2.000 kilómetros, pero figura en muy pocas

41. Kaj Arhem et al., *Etnografía Makuna*, 93, 97 y 130. El chorro de La Libertad es en la mitología Makuna la casa de surgimiento del Yuruparí y el lugar donde espiritualmente nacen todos los ríos y se conectan con el territorio Makuna.

[folio 140]

mapas. Este río recorre paralelamente entre los ríos Vaupés y Caquetá y tiene afluentes grandes, algunos de ellos aún desconocidos. Un día notamos un cambio brusco en el tiempo: gradualmente aparecieron en el firmamento nubes blancas que se escurecieron y en poco tiempo anunciaron nubes negras y amenazadoras la próxima tormenta sobre el mar verde de las selvas. Los indios construyeron rápidamente un techo de palos y hojas de palma que cubría casi todo el largo de la curiara. No tardó mucho y un verdadero diluvio descargó sobre nuestra curiara. Nos retiremos bajo el techo protector mientras los remeros y el piloto quedaban a merced de la lluvia. Sin importarles un pito remarón con sus canaletes al ritmo acostumbrado.

Las verdes paredes de las selvas a ambos lados parecían ya como muros negros y amenazadoras de una prisión. También habíamos pasado las temibles cachiveras del bajo Apoporís que se encuentran entre los barrancos rocosos entre los saltos de Libertad, Estrella y Sucre. Los indios nos contaron que en las cuevas de estas rocas viven animales que se parecen a dragones. Una noche llegamos al caño silencio que entramos y seguimos para visitar al cacique y los indios del Apoporís, los Macunas, amigo de Pajarito.

Los indios Macunas:

El cacique de los Macunas es un indio viejo de unos sesenta años, pero fuerte y de piel tostado por el sol tropical, y de aspecto saludable. En la primera ocasión me dijo: los buenos blancos que me traen regalos siempre son bienvenidos en mi maloca y señalaba su casa comunal suficiente grande para hospedar unas cincuenta personas. Varios indios estaban ocupados en la preparación de coca y unas indias tostaron casabe, el pan de los indios. En la mitad de la maloca se encontraba la canoa de chicha llena de bebida embriagadera que los Macuna preparan del tubérculo Rutú.⁴² Por todas partes colgaron chinchorros, que con los utensilios de cocina formaban el único mobiliario de la casa comunal. El cacique me contó que hace unos cuarenta años los

42. Randall Huber y Robert Reed, *Vocabulario comparativo. Palabras selectas de lenguas indígenas de Colombia* (Santa Fe de Bogotá: Editorial Alberto Lleras Camargo, 1992), 163. En la mayoría de las lenguas tukano orientales la palabra yuca se escribe kū.

Macunas eran todavía caníbales. Él se acordaba cuando de joven participaba en un banquete de antropofagia. Habían sacrificado un forastero abusivo. Con una sonrisa reveló que la carne humana le agradaba mucho, y con una carcajada mencionó más tarde que desgraciadamente hoy en día los indios se habían degenerado en puros comedores de casabe. Por la noche encendieron las antorchas Turí para iluminar la maloca. El Turí es un palo de la selva que simplemente incendiaron y lo dejaron

[folio 139]

quemarse lentamente y producir una luz bastante clara. Apenas se había quemado una de estas antorchas encendieron nuevas Turí.⁴³

Forzando el Salto de Jiri-Jirimo:

Un día nos acerquemos al salto Jiri-Jirimo, donde caen las aguas del río Ajajú y alto Apoporí al bajo Apoporí. Ante nuestros ojos se eleva del verde oscuro de las selvas una pared de color gris y pardusco, de cincuenta metros de alto y unos cuatrocientos metros de ancho, como para prohibir e impedirnos la continuación de nuestro viaje de exploraciones. Teníamos una canoa regular pero un poco pesada, teníamos nuestros equipos, equipajes y demás carga. Me pareció no solo improbable sino imposible de subir todo esto desde el río a una altura de más de cincuenta metros, pasar por una serie de saltos pequeños, raudales y el salto grande de una distancia de más de veinte kilómetros y franquear esta barrera de rocas gigantescas de cuatrocientos metros de ancho. De la cima de esta aglomeración de rocas cayeron toneladas de agua enfurecidas. Los indios me dijeron que nunca ningún hombre de afuera había forzado la travesía por el salto de Jiri-Jirimo con canoa y carga pesada hasta estos momentos cuando me encontré enfrentado con lo imposible. Solo los indios pasan

43. Kaj Arhem et al., *Etnografía Makuna*, 53. Apunta que se trata del palo de Copay, esta es la luz del mundo por tal razón no se debe tocar ni darle mal uso, representa la luz del nacimiento de la coca y del tabaco que son los elementos más importantes para el conocimiento, y su luz no permite la entrada de enfermedades en la maloca, adicionalmente es como un desinfectante porque los animales, las lagartijas y las moscas que entran de día enviando sus fuerzas negativas son expulsadas por el copay; François Correa. *Por el camino de la Anaconda*, 396 y 399, señala que se trata de la corteza de un árbol (*Eschweilera spp*).

raras veces con sus curiaras livianas y sin carga el famoso salto de Jiri-Jirimo, porque el indio nunca se llena con cantidades de artículos y chécheres como el hombre civilizado.

Pero había que atacar este obstáculo de la naturaleza para poder salir de este mundo perdido y casi desconocido, para cumplir los compromisos contraídos en el mundo civilizado. Muy temprano del siguiente día ataquemos el salto de Jiri-Jirimo. Los cuatro Macunas descargaron todos los bultos de la canoa. También habían cortado cierta cantidad de bejucos muy flexibles y tejieron resistentes cestas que tenían la apariencia de fuerte redes elásticas. El fondo de estos cestos cubrieron con hojas de bijao. Estas redes portátiles fabricaron suficientemente largas para cada carguero, ni demasiado corto ni demasiado largo, para que cada uno podía cargar su peso sin molestia y fácilmente en su marcha a través de la selva y los lados de los raudales y saltos.

En la parte superior de las cestas amarraron agarraderas o sea correas de bejucos que tenían la medida precisa para poderlos colocar fácilmente sobre la frente. Esta correa está bien amarrada en la parte superior y en ambos lados del cesto para transportar la carga. Debe ser suficientemente fuerte para aguantar el cesto y una carga que puede pesar de cuarenta a cincuenta kilos. La correa agarradera es colocada en la

[folio 138]

frente del indio y colgaba hacia atrás por la nuca y las espaldas. El cesto suspendido descansa sobre la parte trasera del cuerpo del carguero. La fuerza unida de la cabeza, la nuca, las espaldas y del cuerpo inferior permiten llevar el peso de la carga fácilmente. Cada cesta es tejida en su dimensión exacta para la caída de la carga destinada. Finalmente cubrieron estos cestos o artefactos transportadores con una tapa de hojas de palma, para que la mercancía quedara protegida y en caso de lluvia no se mojara. Apenas que estos preparativos para la travesía de los raudales de Aú-Aú y del salto de Jiri-Jirimo quedaron terminados seguimos a pie por la trocha que da vuelta al infranqueable Jiri-Jirimo. Durante los cinco próximos días cargaron todo el equipo, equipaje y provisiones. Además arrastraron nuestra canoa por un camino que se extiende veinte kilómetros al lado del salto por las selvas ecuatoriales. Que trabajo agotador de cargar en este clima cálido, húmedo y debilitante estos bultos pesados y subiéndolos por enormes piedras y rocas que alcanzaron alturas de casas.

A media noche lleguemos cansados y empapados de sudor a la mitad del Jiri-jirimo. En este sitio pasé las noches en una cueva natural. Apenas tenía aliento para colgar mi hamaca. Durante los días siguientes bajaron los Macunas varias veces a traer el resto de la carga y a subir la canoa vacía que nos hacía falta para seguir nuestra ruta al río Ajajú. Durante la última noche que dormimos en las cuevas del Jiri-Jirimo fuimos sorprendidos por una verdadera invasión de hormigas arrieras. No hasta despertarme noté la desgracia que nos había ocurrido. Ya había casi olvidado lo de la invasión de hormigas que nos despertaron durante toda la noche, cuando descubrí al vestirme que las arrieras habían dragado mis botas en tal forma que eran pedazos inservibles de cuero perforado.

Pero también sin estas botas continuó el viaje y pasamos por la boca del río Cananarí para llegar el día siguiente al barrancón de los caucheros de Soratama. Cinco casas están construidas sobre pilotes de madera en un lugar algo elevado para quedar protegidas durante las crecientes del río, cuyas aguas suben de la época seca a la de lluvia de diez hasta quince metros. Varias hectáreas de selva alrededor de estas casas habían sido tumbadas recientemente y todavía podímos observar troncos y gigantescas raíces quemadas. Entre las cenizas de las quemas habían sembrado Yuca y plátanos. Entre dos piedras grandes ardía la candela y encima colgó una olla. Esto era la cocina. Hamacas colgaron en la pieza. Las casas construidas de madera representan un mínimo de piezas de habitación. De este lugar

[folio 137]

salen los caucheros al alto Apoporí y al río Ajajú y desde aquí se le suministra las provisiones y todo lo necesario para la extracción del caucho. Nuestras recorridas (sic) por las selvas del sur estuvieron a punto de terminarse. Una semana más tarde subimos con unos de los caucheros al río Ajajú, seguimos al pie de la sierra de Chiribiquete y un día lleguemos a San José del Guaviare. Desde allá nos llevó un camión fletado a través los Llanos Orientales hasta la capital del Meta, Villavicencio.

FOTOS:

1. Las indias huyen a la llegada del Yuruparí
2. El brujo entra la moca en busca de los jóvenes para la iniciación

3. Raudales de Bajo Apoporís
4. Canoa travesando los raudales de Aú-Aú
5. Casa comunal del cacique de los Macunas, Apoporís
6. Salto de Jiri-Jirimo
7. Pasando la selva la canoa es sacada al río, alto Apoporís
8. Nuestro bote cubierto de techo de palma en el Ajajú
9. Caucheros Soratama
10. Sierra Chiribiquete

J. G. Eberhard
Apartado Nacional 1892
Bogotá, Colombia

[folio 136]
Por las selvas del sur.
Aventuras en el Caquetá

Por J. G. Eberhard

Cerro La Pedrera:

El avión anfibio de carga, un Catalina, acuató frente a La Pedrera, una población de caucheros de unas veinte casas y 150 habitantes que se encuentra a cuarenta y pico kilómetros de la frontera brasileña a orillas del bajo Caquetá. P [ilegible] sitio de piedras en el corazón de las selvas amazónicas, donde cerros y piedras son tan escasas es una verdadera excepción. Frente a Pedrera se levanta un cerro, 600 metros de alto, estratégicamente situado de cuyo pico se disfruta una panorámica sobre un mundo extraño; a un lado hacia las selvas de los ríos Apoporís y Vaupés, al otro lado hacia el Caquetá y Araracuara y hacia el sur a las selvas del río Japurá y de la Amazonía brasileña.

Así se viaja por las selvas:

Nuestra canoa, con un pequeño motor de fuera de borda de tres caballos, subió lentamente este río que es varios kilómetros de ancho. Desde el centro de río gigantesco se levantan grandes islas de vegetación tropical y deshabitadas, por lugares bueno para la cacería. Durante horas no podíamos divisar las verdaderas orillas del Caquetá. A veces cuanto estuvimos cerca un lado solo veíamos las orillas de este lado del Caquetá, y al otro lado una serie de islas y detrás agua, más agua y mucha agua. La noche nos sorprendió y todavía nos encontraríamos en la mitad del Caquetá en alguna parte de la selva, tal vez cerca del territorio de los indios Andoques.⁴⁴

Sobre un barranco alto hicimos nuestro campamento y dormíamos suficientemente arriba y seguros de las aguas que durante la creciente suben varios metros en poco tiempo. El día siguiente seguimos nuestra navegación. Regiones con palmas variaron entonces el paisaje de la selva verde y oscura. De vez en cuando oímos los gritos de micos, las garzas volaron sobre nuestra embarcación y un grupo de guacamayos voló sobre la selva cercana.

[folio 135]

En territorios de los Andoques:

Hemos finalmente llegado a la primera maloca o rancho de los indios Andoques, en el río Cuemañí un afluente del Caquetá. Después de haber entrado a esta maloca saludamos primero el capitán de la tribu y después a todos los otros Andoques. Pronto nos ofrecieron una bebida hecha de mañoco, la cavan. En cada maloca vivían varias familias. Detrás de las malocas están sus siembras de yuca. Los Andoques estuvieron ocupados en la preparación de grandes cantidades de cawana,⁴⁵ del pan del

44. Mónica Lucía Espinosa, *Convivencia y poder político entre los andoques del Amazonas* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1995), 73. Los andoque se autodenominan Poosíoho que significa gente del hacha.

45. Jon Landaburu y Roberto Pineda, *Mitología de los indios andoques del Amazonas* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Unesco, 1984), 254. Anotan que la caguana es "una bebida espesa, casi insípida, elaborada con el almidón de la yuca brava. Se utiliza como bebida usual, y en algunas ocasiones, mezclada o no con frutas como bebida ritual"; Hipólito Candre y Juan, Echeverri, *Tabaco frío, coca dulce* (Leticia: Universidad

indio, el casabe y los indios moquearon sobre grande fogones el pescado que habían cogido ese mismo día del río. ¿Por qué tanta actividad, pregunté sorprendido? Porque mañana empezaron las fiestas anuales a la naturaleza.

Fiestas en la selva:

Los bailarines vestidos con máscaras, camisas de la corteza de hono y faldas de fibras al estilo hawaiano, anunciaron la fiesta. Unas mascaras mostraron seres del mundo de los espíritus, mientras otras representaron simbólicamente figuras del tótem tribal y otras emblemas más representaron animales de la selva. El primer bailarín llevaba sobre su cabeza una corona esculpida de madera de balsa. El que lo seguía llevaba una cinta de la corteza de hono en cuyo centro se encuentra una placa de cera con dibujos pintados en color rojo, que representan los malos espíritus. Cuando los bailarines de los demonios y del diablo de la selva aparecen, se esconden las indias en la maloca. Ellas no pueden ser el diablo de la selva, porque este puede traer las desgracias.

Durante los intervalos hemos tomado cantidades de cawana y también hemos comido mucho pescado y casabe. Así son las fiestas de los Andoques, que duran tres días y tres noches consecutivos. Más tarde aparecieron en la plaza de la fiesta los bailarines de la tribu. Las cabezas de estos están cubiertas de capuchas del material de hono. La capucha tiene dos huecos para dejar libre los ojos y más abajo otro para la boca. En la cima de la capucha está colocado el tótem. Es el (sic) imagen del pájaro tucano; ahora el bailarín exhibe en este baile los movimientos, el vuelo y las principales características y costumbres de este pájaro.

[folio 134]

El baile de la iguana gigante:

El último día mostraron el baile más extraño que he visto. Este es el baile de la Iguana Gigante. Un solo indio lo baila. En forma circular baila entre el público in-

Nacional de Colombia, 2008), 287. Dicen que la caguana se puede endulzar con jugo de frutas principalmente de canangucho, milpeso, umari y piña.

dígena, serpenteándose ágilmente por aquí y por allá. En la capucha está colocada la cabeza y la figura de una iguana gigante. En sus espaldas están amarados parte del cuerpo de la iguana y la cola larga de este animal, fabricado del material de la corteza de hono, que además es pintado con gruesas rayas verdes, que dan a esta cola una realidad sorprendente de la piel de la iguana. Esta larga cola cae hacia atrás hasta el suelo y durante el baile de la iguana se mueve serpenteando y zigzagueando entre los indios. Hacia el final de este baile, los indios y las indias cantan al son del baile y acompañan el baile de la iguana gigante con un verdadero entusiasmo.

Hasta luego indios Andoques:

Como todo en la vida del hombre se esfuma como un sueño, también llegaron a su fin nuestros días de vivir entre los Andoques. Nos embarcamos otra vez en nuestra canoa y desde el río gritamos un último saludo a estos indios simpáticos. No era un "adiós", no, era un "Hasta luego, Andoques".

J. G. Eberhard
Apartado Nacional 1892
Bogotá, Colombia

[folio 133]
Por las selvas del sur
Mirití-Tierra de indios Matapis⁴⁶

Reportaje de J. G. Eberhard

La primera maloca:

El cacique de la maloca de los Matapis en el primer puerto del río alto Mirití Paraná, que es otro de los afluentes del bajo Caquetá, contestó de buena gana nuestros saludos. Con su cara asiática, su piel amarilla pero quemado en el sol tropical y

46. Carlos Matapí y Uldarico Matapí, *Historia de los Upichia* (Bogotá: Tropenbos, 1997), 26. Los matapis se autodenominan Upichia y su territorio tradicional es el alto río Mirití Paraná y Apaporis.

sus musculosos brazos y piernas, lo que bien dudablemente del frecuente uso de las canaleta y de remar mucho la canoa por los ríos, las únicas rutas y caminos de un país selvático, nos recibió muy amigablemente. Su maloca era cuarenta metros de largo, por veinte y pico metros de ancho y muy alto. En el interior reposaron varios Matapis en sus chinchorros, mientras que en la parte atrás cocinaron unas indias y otras tostaron sobre fogones los grandes panes de casabe, que miden un metro en diámetro. Por la noche regresaron los cazadores Matapis que habían salido hace varios días a la cacería. Llegaron cargado de armadillos, pavas silvestres, patos del monte, tortugas, dos saínos o puercos del monte una danta que pesaba más de cien kilos.

Brujeando las plumas:

Aquella misma noche los indios empezaron con los preparativos de la próxima fiesta de la piña. Las indias Matapis prepararon enormes cantidades de chicha de piña, que almacenaron en la canoa grande que estaba colocada en la mitad de la maloca. Los indios asaron la gran variedad de presas y carnes de la selva sobre grandes fogones en estos trabajos estaban ocupados durante la noche entera y toda la mañana del siguiente día. Por la tarde de este mismo día había al fin llegado el tiempo

[folio 132]

que terminaron estos preparativos y trabajos. Había llegado el tiempo de la fiesta de la piña. Los bailarines Matapis sacaron sus plumas del Yuque-je-toga o cesto; donde las tenían guardadas. Más tarde colgaron estas plumas de guacamayos, garzas, paujiles y loros para embrujarlas. Las plumas deben ser brujeadas para poder bailar mejor. Desde mi hamaca observé todas estas actividades que son solamente una pequeña parte de lo que de costumbre pasa en una maloca en el corazón de la selva. Pronto llegaron las visitas de afuera, los primeros indios de las malocas vecinas. Saludaron al cacique, a los cazadores y a las mujeres. Contaron de sus viajes, de los que se quedaron atrás y se hicieron mutuamente muchas preguntas sobre sus familias, el tiempo, las cosas de la selva y sobre las cosechas de yuca y el mañoco. Al fin terminaron sus conservaciones.

La fiesta de la piña:

De la canoa grande en el centro de la maloca sirvieron las indias jóvenes la chicha de la piña en totumas a los invitados de la fiesta. Un poco más tarde repartió un indio viejo la coca. Cada una recibió su porción, un puñado de polvo verde, la copa preparada. Todo el mundo se sentía muy feliz, masticando, o más bien mambeando coca, como dicen en la selva cuando se refieren a esta divertida ocupación y placer. Otra vez las indias hacían la ronda y depositaron en frente de los distintos grupos de hombres y mujeres las ollas de barro con carne asada de danta, pavas, patos del monte, paujiles y pan de casabe.

Comimos durante varias horas varias clases de carne de la selva hasta no poder más. Hacía media noche pasaron un tabaco de tamaño gigantesco, que media más de un metro de largo, y que me parecía como el tabaco de la amistad. Este tabaco hizo la vuelta por toda la maloca en la siguiente forma. Cada hombre y mujer fumaba un poco y pasaba el tabaco al próximo, este lo pasaba al otro hasta que dio la vuelta en la maloca. En esta forma el cigarro dio varias veces la vuelta entre los asistentes de la fiesta de la piña.

Bailes en la selva:

Después de media noche empezaron los bailes tradicionales de los Matapis que celebran dos veces por año. Naturalmente el primero

[folio 131]

era el baile de la piña. A este siguió el baile de las [ilegible]. Las cabezas de los bailarines eran adornadas con las bellas plumas blancas de garzas. Más tarde vi el baile de las mariposas ejecutado por dos jóvenes Matapis. Después llegaron los bailes de las máscaras y muchas de estas representaron distintos animales de la selva y mostraron por mímica y movimientos las costumbres y la vida de los animales salvajes. Naturalmente entre los diversos bailes había intervalos más o menos largos, durante los cuales nos dedicamos todos a otras diversiones. Entonces totumas de vino de la piña eran servida y en varias ocasiones el polvo verde, la coca dio la vuelta

en la maloca. Algunos indios ya estaban demasiado ebrios y en este estado exaltado mostraron sus ganas de pelear.

Pero el cacique Matapis era un filósofo, quien siempre tenía su remedio listo. Trajo un aparato muy raro que consiste en un hueso hueco de pájaro con dos ramificaciones y tiene la forma de una "Y". Un indio sobrio colocó las dos salidas de este aparato en las dos fosas nasales. Por el tubo o hueso hueco principal sopló fuertemente el polvo de tabaco mezclado con ceniza a las narices, y poco tiempo más tarde, después de haber vomitado copiosamente, el borracho estuvo otra vez sobrio. Y con la sobriedad se le habían quitado las ganas de pelear. Ya era día y el sol iluminó toda la maloca con una luz fuerte, pero la fiesta continuó todo este día, toda la noche, solamente para terminar después de una celebración de tres días y tres noches.

"Doctor, doctor me muero!" Durante la última noche me acosté a media noche en mi hamaca. Estuve cansado de tanta comida, de las enormes cantidades de carne, de tantos galones de vino de la piña, y de diversiones que me pareció nunca iban a terminar. Un sueño dominante se apoderó de mi persona. Claro que no era el único, porque lo mismo pasó a mi guía, mis compañeros de viaje y seguramente también a los Matapis. Mi guía no encontró su hamaca y quedó tendido en el suelo. Allá quedó quejándose de sus males y dolores. Varias veces me desperté, cuando al otro me llamó "Doctor, doctor, me muero!" pareció que estas cantidades de carne selvática, numerosos galones de chicha y las mambeadas de la coca le hizo sufrir todos los tormentos del infierno.